

A stylized graphic of the American flag, featuring a blue field with white stars on the left and red and white stripes on the right, curving over the top of the page. Below the stripes, a grey field contains faint, scattered white stars.

# **CÓMO VOTAR BIEN** **EN UN TIEMPO** **DE CRISIS**

Por Dr. Roberto Miranda. Ph.D

## **PREFACIO**

Antes de continuar con esta presentación, quiero declarar mi absoluto respeto por los feligreses de mi iglesia, o cualquiera que lea este ensayo, que se posicionen de manera diferente con respecto a estas elecciones. Reconozco que están actuando de acuerdo con los dictados de su conciencia, y que están sinceramente convencidos de que están honrando a Dios y siguiendo fielmente las Escrituras. Estoy seguro de que hay muchas otras áreas importantes de la vida y de las Escrituras en las que estamos totalmente de acuerdo.

Creo que este es un momento en el que los cristianos tendremos que expresar claramente nuestras posiciones, resignarnos ante el hecho de que estamos en profundo desacuerdo, y decidir tratarnos unos a otros con respeto y paciencia hasta que Dios aclare las cosas. Debemos estar dispuestos a escucharnos unos a otros y a darnos el derecho de presentar nuestras convicciones de forma clara y respetuosa.

Esto es lo que he intentado hacer en este escrito. Me he propuesto presentar una apologética apasionada de mi postura. He presentado mis argumentos con tanta fuerza y eficacia como he podido. Mi intención no es tanto convencer a nadie o cambiar su opinión, tanto como exponer de forma clara y creíble por qué creo de la manera que creo.



Este ha sido mi punto, que en las áreas complicadas del Reino, ciertamente no lo sabemos todo, y que antes de tomar una postura demasiado drástica o romper la comunión con nuestros amados hermanos y hermanas que ven las cosas de manera diferente, debemos esperar hasta que el Señor hable con mayor claridad. El siempre lo hace si le damos tiempo.

Me gustaría enfatizar que al escribir estas palabras, lo he hecho con mucha previsión, respeto y bastante oración. ¡Espero que la humildad haya sido un ingrediente adicional!

Oro para que a través de estos tiempos tensos, sigamos considerándonos unos a otros como hermanos y hermanas que estamos padeciendo juntos la naturaleza divisoria de los tiempos que vivimos. En más de 35 años de ministerio, me he encontrado en tensión y conflicto en numerosas ocasiones con personas que amaba y que sé que también me respetaban. En muchas ocasiones, con el paso del tiempo Dios nos ha llevado a un lugar de reconciliación y armonía. Estoy convencido de que esta vez no será diferente, y que los lazos de amor que nos unen demostrarán ser mucho más poderosos que la influencia divisoria de cualquier elección.

*Roberto Miranda*





## INTRODUCCIÓN

Estoy escribiendo este documento en mi calidad de pastor latino urbano de una congregación multiétnica, que tiene puntos de vista muy diversos sobre temas tales como inmigración, política electoral, justicia social y el papel de la fe y la Iglesia en el mundo.

Lo hago con la esperanza de

que me permita aclararle a los lectores, y especialmente a la gente de mi propia congregación, mi posición personal con respecto a este sorprendente momento que estamos viviendo en nuestro país.

Especialmente, me gustaría dejar en claro mis propios pensamientos sobre las elecciones actuales, y cómo yo, un evangélico comprometido que tiene una visión muy alta de las Escrituras y es muy apasionado por los temas de justicia social, puedo con una conciencia tranquila contemplar la idea de votar por Donald.

Trump en 2020, a pesar de que no voté por él en el 2016 (Y debo aclarar que tampoco voté por Hillary Clinton en esa elección).



El actual proceso electoral, y en particular la figura de Donald Trump, ha dividido a nuestra nación como nunca antes lo hemos visto.

Hay creyentes sinceros que no pueden comprender cómo Dios podría usar a un individuo como Donald Trump para sus propósitos con respecto a esta nación. No pueden concebir la idea de que este individuo imperfecto, pecaminoso, jactancioso y de expresión áspera pueda ser usado por Dios para promover Su agenda en Estados Unidos.

Estos creyentes se escandalizan por otros creyentes como yo, que estamos igualmente convencidos de que Donald Trump es un instrumento imperfecto que Dios ha elegido en este momento histórico para juzgar a esta nación y ayudar a sacarla del borde del abismo en que se encuentra.

Luego están también aquellos creyentes evangélicos en Estados Unidos que son apasionados partidarios de Trump, y que no se pueden imaginar cómo un cristiano que tenga una base bíblica sólida no podría discernir los tiempos en que vivimos y se atrevería a votar por Joe Biden y el Partido Democrático.

No es tan preocupante para mí que haya un sector enorme del electorado estadounidense secular que, debido a su perspectiva materialista,



terminará votando por un candidato liberal y un partido que represente plenamente sus valores seculares.

El verdadero punto de preocupación para mí es la intensa división dentro del Cuerpo de Cristo mismo, todas esas personas que se consideran cristianos con un alto sentido de las Escrituras y que, a pesar de que leen la misma Biblia y en muchas áreas importantes tienen puntos de vista teológicos muy similares, están amargamente divididos, y se encuentran en campos políticos y morales totalmente opuestos durante este momento tenso de la historia estadounidense.

¿Cómo es posible que leamos la misma Biblia, que a menudo adoremos en la misma iglesia y, sin embargo, nos encontremos tan divididos y tensos entre nosotros mismos?

Creo que gran parte de la respuesta depende en última instancia de cuál sea nuestra comprensión de Dios, de Su carácter infinitamente complejo, de Su soberanía absoluta; el hecho de que Dios es totalmente elusivo y que se mueve completamente más allá de nuestros esquemas intelectuales; que en Su sabiduría infinita, a menudo Él hace cosas que nos escandalizan y que van mucho más allá de nuestras estrechas expectativas y categorías personales.



## **Donald Trump y la soberanía de Dios**

Muy a menudo, lo que vemos o no vemos en el mundo real dependerá de lo que esperamos ver, dadas nuestras construcciones intelectuales y nuestras suposiciones anteriores.

Los judíos de la época de Jesús, por ejemplo, desperdiciaron la venida del Mesías porque siempre habían entendido y enseñado que el Mesías vendría como un rey guerrero triunfante. Este rey victorioso llegaría con absoluta gloria y procedería inmediatamente a destruir a los enemigos de Israel. Según este esquema, Él establecería a Israel como la potencia mundial dominante a la manera del reino triunfante de David cientos de años antes.

Debido a su teología simplista y su perspectiva etnocéntrica, los judíos de la época de Jesús ignoraron por completo las profecías y las Escrituras que mostraban que el Mesías vendría primero como un Siervo Sufriente, y que solo después, en una segunda manifestación y venida, llegaría como un Soberano triunfante y conquistador.

Debido a que los judíos de la época de Jesús entendían esto tan apasionadamente, y estaban tan convencidos de su interpretación limitada y falsa de las Escrituras, su modelo mental no pudo procesar al verdadero Mesías cuando éste



se presentó ante ellos en la forma de un humilde rabino nacido de padres igualmente humildes, y que finalmente terminó siendo crucificado.

Por supuesto, no quiero decir que Donald Trump sea, ni mucho menos, una especie de mesías político. Más bien, estoy sugiriendo que primero debemos tener cuidado de inspeccionar honestamente nuestras suposiciones bíblicas y teológicas, antes de llegar a cualquier conclusión sobre si Dios podría usarlo o no.

El apóstol Pablo hablaba a menudo del escándalo de la Cruz, queriendo decir que la idea de un Dios sufriente que se deja crucificar por sus enemigos resulta totalmente aborrecible cuando intentamos interpretarla a través de los lentes de la lógica y el razonamiento intelectual.

Al tratar de procesar el misterio que es Donald Trump, debemos tener mucho cuidado de que lo que pensamos que es buena teología y un análisis bíblico a prueba de balas no sea en realidad un mero razonamiento intelectual, o una proyección cultural que se disfraza como una perspectiva bíblica legítima.

Ni los griegos, ni los romanos ni los judíos, debido a su entendimiento limitado de lo que es la divinidad y el poder, pudieron procesar la idea de un salvador como Jesús, quien, siendo Dios, vino como





un humilde siervo y terminó muriendo de la manera más horrenda y deshonrosa que jamás podría contemplarse para salvar a la humanidad.

Los dones de Dios a veces llegan envueltos en paquetes muy siniestros y poco atractivos. Donald Trump podría ser ese tipo de regalo.

Judas y Satanás estuvieron íntimamente involucrados en la crucifixión de Jesús. Sabemos esto por medio de la Biblia misma. Dios usó a estos dos seres absolutamente pecaminosos e impuros para llevar a cabo su plan redentor. Ningún cristiano que cree en la Biblia encuentra ningún problema con la idea de que Dios pudiera usar instrumentos tan impuros como Judas y Satanás para hacer avanzar sus planes en la historia.

Y, sin embargo, en nuestro propio tiempo, muchos cristianos que creen en la Biblia como la Palabra de Dios no pueden concebir la idea de que Dios podría usar a un individuo tan poco prometedor como Donald Trump para avanzar Su agenda en la historia de Estados Unidos y el mundo.

Caen presa de la falsa suposición de que si Dios usa a alguien, significa que lo respalda, que lo considera digno de ser usado, que ignora sus impurezas, su carácter imperfecto o su naturaleza



pecaminosa. Esto es una falacia obvia.

La Biblia está llena de casos en los que vemos a Dios usando seres humanos completamente imperfectos y pecaminosos para llevar a cabo Sus planes. Ejemplos de esto incluirían a David, Salomón, Sansón, Jacob, los faraones durante la época de José y Moisés, Saulo, Ciro, Nabucodonosor, Darío e incluso el apóstol Pablo mientras perseguía a la iglesia.

Hoy, podemos aceptar la idea de que Dios podía usar y de hecho terminó usando a estos individuos profundamente defectuosos porque tenemos el colchón de una inmensa distancia histórica entre nosotros y ellos.

Pero si estos hombres vivieran y actuaran en nuestro propio tiempo, o si sus acciones pecaminosas nos afectaran directamente, muchos de nosotros probablemente experimentaríamos la misma sensación de rechazo violento que muchos creyentes sienten ahora hacia Donald Trump.

El hecho es que Dios puede usar, y ha usado, a quien le dé la gana.

A veces Dios usa los vasos más inverosímiles para humillar nuestro intelecto y recordarnos que todo es por gracia. ¿Necesitamos que se



nos recuerde que Dios usó el asno de Balaam para disciplinar a su profeta descarriado (Números 22:28)?

Jesús realizó amorosamente un milagro a favor del centurión del evangelio. El primer gentil en ser bautizado en el Espíritu Santo fue Cornelio, otro centurión romano. Ambos hombres se habían distinguido en el ejército de la nación imperialista más opresiva que jamás haya existido, Roma.

El apóstol Pablo le habla afectuosamente a un dueño de esclavos en el libro de Filemón y le pide a uno de sus esclavos, Onésimo, que regrese con su amo cristiano después de haber escapado de él. La Biblia también pide repetidamente a los esclavos que obedezcan a sus amos, a pesar de que la esclavitud es uno de los sistemas más injustos y opresivos que jamás se haya podido concebir.

Menciono estas cosas, no para apoyar las obvias injusticias y pecados que están detrás de todos estos ejemplos, sino simplemente para sugerir que servimos a un Dios muy complejo, que en ocasiones se asocia con, y opera a favor de, gente muy sospechosa.

Se trata de un Dios que a menudo actúa de maneras que nos parecen totalmente ilógicas e incluso injustas. Y, sin embargo, sabemos que Dios siempre es justo y bueno, y que la Biblia nos

llama a simplemente someternos a Su inescrutable voluntad cuando no podemos explicarlo con nuestro limitado entendimiento. Es por eso que Dios nos advierte en Isaías 55:

8 Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos, dijo Jehová.

9 Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos.

A menudo nos resulta fácil aceptar esta verdad teológica fundamental en abstracto, en teoría, cuando no nos afecta profundamente.

Pero cuando esta verdad asume una forma desagradable y se hace sentir en nuestro día a día, cuando la experimentamos en la carne, a menudo nos sentimos inclinados a resistirla, a escandalizarnos por ella y a enojarnos con Dios, o a rechazarlo por completo.

Creo que los misteriosos pensamientos y caminos de Dios se están expresando soberanamente en la vida de la Iglesia estadounidense contemporánea, y aún de esta nación misma, a través de este momento peculiar que estamos viviendo.



## **Obedeciendo a Dios aún cuando las cosas se ponen difíciles**

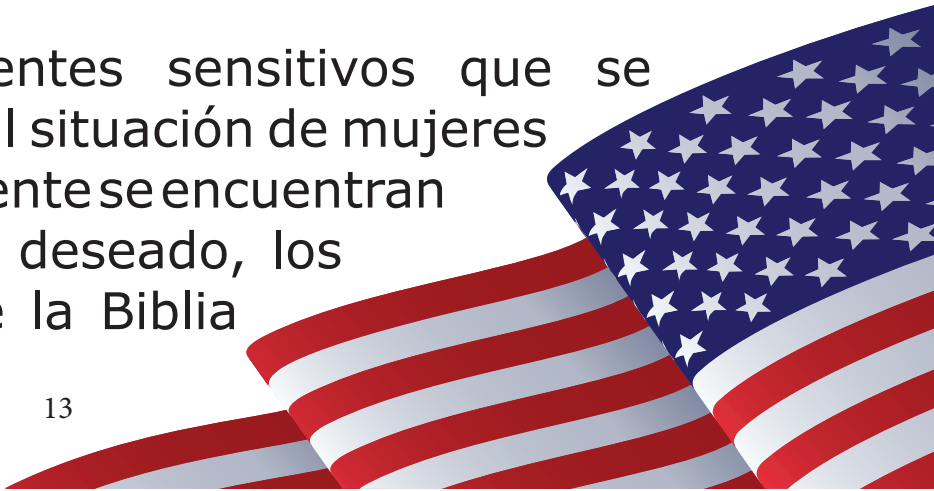
En este momento en Estados Unidos, hay padres cristianos comprometidos que tienen hijos que se han declarado homosexuales, y que a pesar de esto continúan amándolos profundamente.

Hay creyentes con una fuerte conciencia social que tienen definiciones y expectativas muy claras y apasionadas acerca de lo que constituye la verdadera justicia social.

Hay millones de hispanos cristianos que están profundamente afectados por las actuales leyes de inmigración, y que sufren gran ansiedad como resultado de éstas.

Hay hombres y mujeres jóvenes cristianos criados con una fuerte dieta basada en las redes sociales que desean desesperadamente tener la aprobación y el afecto de sus compañeros, y que anhelan que sus amigos vean el evangelio y las iglesias a las cuales asisten en una luz positiva.

Hay muchos creyentes sensitivos que se identifican con la difícil situación de mujeres jóvenes que trágicamente se encuentran con un embarazo no deseado, los cuales desearían que la Biblia



fuera menos estricta en su rechazo del aborto como una opción viable.

Hay muchos evangélicos sensitivos a la justicia social que están profundamente conscientes del hecho de que todos los días hay actos injustos cometidos por la policía en nuestra nación.

También hay muchos creyentes que son dolorosamente conscientes de las muchas injusticias que se han cometido a lo largo de la historia de esta nación, y que incluso ahora mismo se encuentran profundamente ofendidos por las injusticias prevalecientes del sistema político estadounidense actual.

La tentación natural y comprensible para todos estos creyentes es entrar en un rechazo sutil de las verdades y paradigmas bíblicos, cambiar las reglas del juego, por así decirlo, y tratar de encontrar interpretaciones alternativas de las Escrituras para evadir así la desagradable tarea de crucificar la carne, aceptar los misteriosos caminos de Dios y someterse humildemente a Su señorío absoluto.

Estos cristianos modernos se ven obligados a aceptar el hecho de que Dios a menudo nos llama a someternos a mandatos y circunstancias que nos hacen sentir profundamente incómodos.



En esos momentos, Dios nos pide como a Abraham que ejerzamos una obediencia radical, que elijamos resueltamente permanecer dentro de los complejos paradigmas de las Escrituras y que esperemos pacientemente hasta que la sabiduría suprema de Dios haya tenido la oportunidad de revelarse plenamente.

El misterio de Donald Trump nos invita a todos los creyentes estadounidenses modernos a de alguna manera convertirnos en mártires, a entrar en el padecimiento que han experimentado tantos otros cristianos a lo largo de la historia, quienes se encontraron en algún momento viviendo desconcertantes eventos históricos en los que Dios estaba actuando de alguna manera que iba más allá de lo que parecía sensato, justo o amoroso.

Y la opción para esos creyentes siempre ha sido la misma: rechazar y maldecir a Dios por lo que aparenta ser un comportamiento injusto; negar que sea Él quien está actuando y atribuir sus acciones al diablo: o inclinar la cabeza, besar su mano y someterse a su elusiva e inescrutable voluntad.

Este fue el dilema que experimentó Job cuando se encontró sufriendo terriblemente a pesar de haber llevado una vida recta. Job no podía encontrar una manera de reconciliar su comprensión de



Dios como un ser justo, y la terrible tragedia que él, un hombre justo, estaba experimentando.

A pesar de su amor por Dios, Job terminó acusándolo sutilmente de ser injusto. Dios lo reprende amorosamente hacia el final del libro y le recuerda que, en resumidas cuentas, Él puede hacer lo que le plazca, y que ningún ser humano tiene derecho a cuestionar Su justicia o la naturaleza lógica y coherente de sus métodos elusivos y extraños (Job 40:1-8):

1

Además respondió Jehová a Job, y dijo:

2

¿Es sabiduría contender con el Omnipotente?

El que disputa con Dios, responda a esto.

3 Entonces respondió Job a Jehová, y dijo:

4

He aquí que yo soy vil; ¿qué te responderé?

Mi mano pongo sobre mi boca.

5

Una vez hablé, mas no responderé;

Aun dos veces, mas no volveré a hablar.

6 Respondió Jehová a Job desde el torbellino, y

dijo:

7

Cíñete ahora como varón tus lomos;

Yo te preguntaré, y tú me responderás.





¿Invalidarás tú también mi juicio?  
¿Me condenarás a mí, para justificarte tú?

La aparente injusticia de Dios es siempre muy superior a los esquemas simplistas del hombre acerca de lo que realmente constituye la justicia.

Que un pecador impenitente como Donald Trump pudiera llegar a trabajar en la viña de Dios al final del día y obtener un mejor pago que aquellos que han estado trabajando desde temprano en la mañana es algo verdaderamente escandaloso. Pero Jesús nos recuerda que él es el dueño de la Viña y que Él puede hacer lo que quiera con sus propios recursos (Mat. 20: 1-16).

Los dos primeros capítulos del libro de Habacuc están dedicados precisamente a este profundo dilema teológico. Habacuc no puede entender cómo Dios pudo usar un imperio maligno como los caldeos para disciplinar a su pueblo (Hab. 1: 12-14). Dios le explica que con el tiempo también juzgará a los caldeos por sus malos caminos después de haberlos usado como su instrumento (Hab. 2: 6-14). Al final, después de que Dios haya ejecutado sus misteriosos planes, "la tierra se llenará del conocimiento de la gloria del Señor, como las aguas cubren el mar" (Hab. 2:14).



El libro de Habacuc termina con una de las expresiones poéticas más hermosas de un hombre que acepta la soberanía total de Dios a pesar de encontrarse en circunstancias desconcertantes (Hab. 3: 17-19).

Es posible que no entendamos completamente lo que Dios está haciendo en este momento en la era del presidente Donald Trump. Pero una cosa sabemos: al final de todo, prevalecerá la justicia de Dios, y descubriremos que a pesar de la naturaleza enrevesada del proceso histórico que estamos viviendo ahora mismo, Dios se mostrará justo, amoroso y moralmente coherente. .

Todo depende de si tenemos la madurez espiritual y la paciencia para navegar la misteriosa soberanía de Dios y esperar pacientemente hasta que Él haya desarrollado completamente su compleja estrategia.

La única otra alternativa es resistir Su señorío, diluir la Escritura y tratar de evadir con argumentos lógicos y teológicos el profundo ejercicio espiritual que se nos ha asignado.

### **La definición divina de la justicia social**

El tema de lo que constituye la justicia social ha demostrado ser extremadamente divisivo para los evangélicos estadounidenses en nuestro tiempo. Sé, por ejemplo, que en mi propia congregación

en este mismo momento hay gente dividida alrededor de este mismo tema.

¿Deberíamos unirnos a las airadas protestas que han tenido lugar por toda esta nación en los últimos meses? ¿Debemos sumarnos a los llamados indignados para desfinanciar a la policía y reducir el número de encarcelados? ¿Es Estados Unidos en esencia una nación injusta, o es simplemente una nación imperfecta como cualquier otra nación del mundo?

Diferentes personas en mi iglesia dan diferentes respuestas a estas preguntas, lo cual los coloca en tensos campos que se miran uno a otro con sospecha.

Muchos evangélicos no pueden entender cómo otros creyentes cristianos podrían jamás aliarse con lo que perciben como un agente evidente de injusticia social como Donald Trump. No pueden comprender cómo otros evangélicos no reaccionarían con denuncias airadas y protestas apasionadas o incluso violentas a la luz de la muerte de George Floyd, u otras instancias de lo que perciben como obvia injusticia y abuso policial.

Estos creyentes progresistas se sienten ofendidos por las políticas republicanas sobre inmigración, o por la injusticia económica que prevalece



actualmente en Estados Unidos. Tienen opiniones muy firmes sobre el tema del encarcelamiento, la carga de la desigualdad que soportan las comunidades minoritarias, y los derechos de los homosexuales.

Consideran que estos temas presentan una clara dicotomía: el Partido Demócrata de Barak Obama o el candidato presidencial Joe Biden están claramente del lado de la justicia social. Y el Partido Republicano bajo George Bush o Donald Trump, al menos, es un promotor y facilitador de la injusticia social.

Estos creyentes sensibles y sinceros no comprenden lo que enseña la Biblia: que en un mundo caído y pecaminoso, todos los gobiernos son, en última instancia, injustos. En el análisis final, el Partido Demócrata es tan pecaminoso e injusto como el Partido Republicano.

Cuando se someten a un análisis objetivo y exhaustivo, ninguno de los dos partidos puede afirmar indudablemente estar claramente del lado de la justicia social cuando se trata de los problemas que nos afectan actualmente en la América actual.

Muchos cristianos ingenuos se han visto seducidos por esta idea de que el Partido Demócrata es el partido de la justicia social y el respeto por los pobres, mientras que el Partido Republicano es



el partido de las élites financieras y privilegiadas blancas. Una vez más, debemos mirar más allá de las plataformas huecas de los partidos y su retórica y, en cambio, examinar sus acciones, sus políticas y sus prácticas reales.

El hecho es que el Partido Demócrata no tiene el monopolio de la justicia social. El Partido Republicano tampoco carga exclusivamente con la vergüenza de reservar para sí la injusticia social.

La injusticia y la corrupción leudan toda la masa del Sistema político norteamericano. En ambos partidos!

Con respecto al tema de la inmigración, por ejemplo, las políticas y el historial del Partido Demócrata no son tan claros y puros como sugiere su retórica. Bajo Barack Obama, los niños inmigrantes también fueron separados de sus padres y puestos en las llamadas celdas. De hecho, es bien sabido que esto también ocurrió bajo la administración Bush. La administración de Donald Trump no inició esta práctica, y lo más probable es que él no sea el último en participar en ella.

También es de conocimiento común a estas alturas que la administración de Obama fue muy entusiasta en deportar inmigrantes indocumentados. En el 2006, los senadores Obama



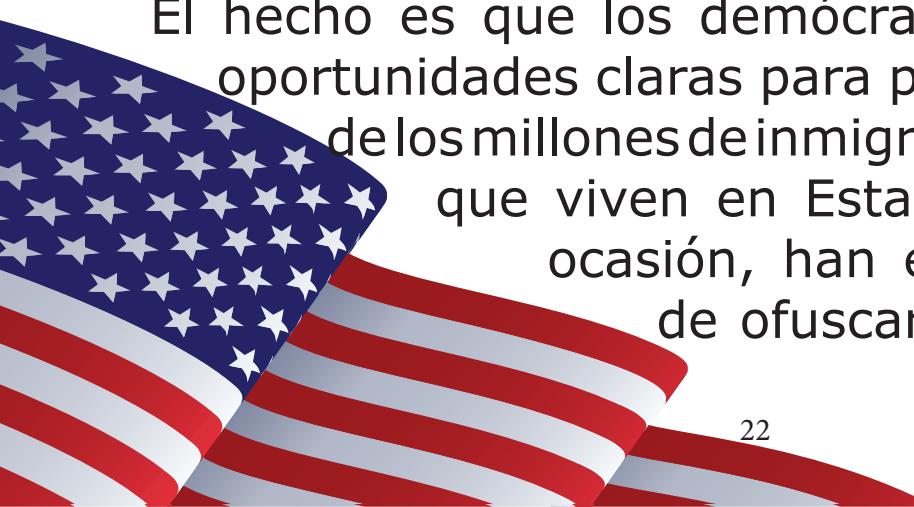
Hillary Clinton, así como el propio Bill Clinton, criticaron muy clara y públicamente a los extranjeros indocumentados que según ellos, le quitaban el trabajo a los ciudadanos estadounidenses.

La retórica puede diferir entre los partidos políticos. Pero los resultados reales han sido prácticamente los mismos. Varias administraciones políticas han ido y venido, pero la difícil situación de los inmigrantes indocumentados permanece igual.

Los políticos ejecutan todo tipo de maniobras complejas y sutiles, pero al final todos se inclinan ante los expedientes de la política electoral, el poder de los sindicatos, los reclamos en competencia de las minorías étnicas, las pasiones y demandas fluctuantes de las masas, y una conveniente sumisión a los temas candentes del momento.

Cuando los latinos se alían ciegamente con el Partido Demócrata sin tomarse el tiempo para separar críticamente la retórica de las políticas reales, están sucumbiendo ingenuamente a la demagogia.

El hecho es que los demócratas han tenido varias oportunidades claras para poner fin al sufrimiento de los millones de inmigrantes indocumentados que viven en Estados Unidos. En cada ocasión, han encontrado la manera de ofuscar y complicar el tema,



de echar la culpa y de ocultar hábilmente que por el momento ellos están tan indispuestos como los republicanos para resolver la trágica situación de los inmigrantes indocumentados en este país.

Finalmente también agregaré, en aras de la claridad y la integridad, mi creencia de que en algún momento en un futuro no muy lejano, Estados Unidos se verá obligado a lidiar con el hecho de que probablemente hay más de 20 millones de inmigrantes indocumentados en este país.

En su mayor parte, esa gente no va para ninguna parte por ahora. Están aquí para quedarse. Y mantenerlos en un estado de limbo perpetuo, ellos y sus hijos, llenos de temor e incertidumbre acerca del futuro, es francamente cruel y mezquino.

¡Hay que hacer algo con estas masas infelices, y no se trata de construir grandes barcos de carga y enviarlos de regreso a sus países de origen!

Se trata de individuos espiritualmente sensitivos, gente trabajadora, amantes de los Estados Unidos, orientados hacia Dios y la familia, culturalmente ricos, que están profundamente agradecidos hacia esta nación, y que podrían representar la mayor infusión de vitalidad creativa y espiritual que Estados Unidos haya recibido en mucho tiempo. Es

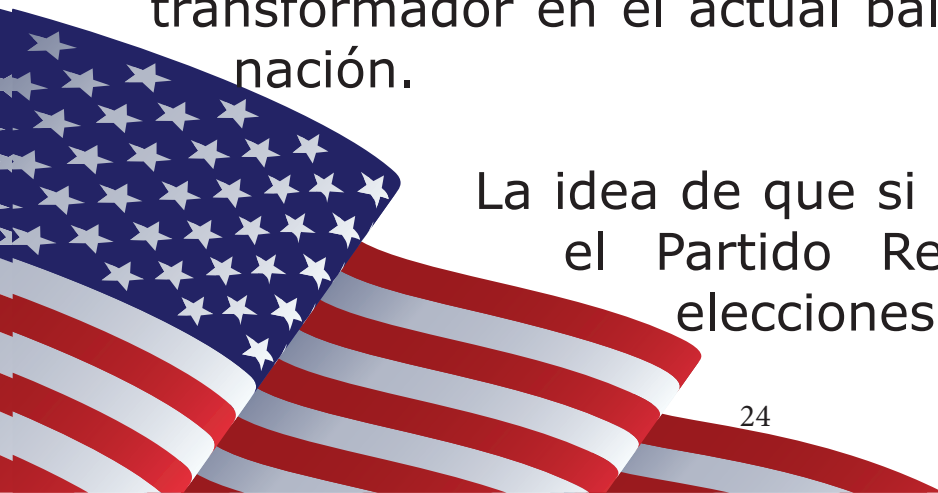
decir, si se les permitiera convertirse en participantes de pleno derecho en la vida de esta nación y se les diera un camino hacia el voto y la ciudadanía.

La América cristiana conservadora se hace un gran daño al impedir que estas masas, que representan precisamente los valores por los cuales estamos luchando, se conviertan en una poderosa influencia positiva para el destino espiritual de esta nación.

Incluso aún mientras primero buscamos asegurar nuestras fronteras e instituir una política de inmigración clara y bien definida, deberíamos comenzar a planificar cómo resolver de manera gentil y generosa uno de los más importantes dilemas sociales y políticos que confronta esta nación.

Si el sector conservador de esta nación asumiera el liderazgo en facilitar una resolución al problema de los inmigrantes indocumentados, especialmente los latinos, podrían arrancar estas masas potencialmente influyentes de las garras liberales, y dejarlas libres para que expresaran sus naturales instintos conservadores y cristianos. Esto tendría un impacto transformador en el actual balance político de esta nación.

La idea de que si un creyente vota por el Partido Republicano en estas elecciones está haciendo un





pacto con el diablo es, en el mejor de los casos, ingenua. Y la convicción de que si él o ella vota por el Partido Demócrata de alguna manera está logrando ubicarse claramente del lado de la justicia social es igualmente injustificada y simplista.

Una vez más, la comprensión divina de la justicia social es mucho más compleja y elusiva de lo que nuestros esquemas simplistas podrían admitir.

¡Me maravillo de estos evangélicos modernos que de alguna manera no pueden encontrar una manera bíblica de encajar a Donald Trump en los caminos de este misterioso Dios al que servimos!

En el tema de la justicia, Dios piensa en términos de milenios, no de años.

En las largas crónicas de la justicia de Dios, Donald Trump es un mero asterisco, una nota al calce insignificante y casi invisible.

No debemos idolatrar a Trump ni atribuirle el poder de cambiar por sí solo el triste estado moral de esta nación. Tampoco debemos demonizarlo, ni considerar definitivo su estilo particular de política y liderazgo.

Donald Trump debe ser considerado por los cristianos



estadounidenses como una mera conveniencia temporal, una medicina algo amarga y costosa que proporciona suficiente tiempo para que el cuerpo estadounidense moribundo se recupere parcialmente, dando oportunidad para reforzar nuestro andamiaje institucional y para ganarnos suficiente tiempo para que otras influencias más gentiles puedan ocupar su lugar.

El tablero de ajedrez de Dios se compone de un número casi infinito de piezas, y a veces Él hace movidas sacrificiales que en última instancia son necesarias para la victoria final de Su Reino que profetiza la Biblia.

Lo que ahora podría parecer una injusticia irredimible, en última instancia podría revelarse como abrumadoramente justo. El villano de hoy podría llegar a ser visto hacia el final de los tiempos como un depredador necesario o un insecto valioso aunque molesto en la compleja ecología de Dios.

A la luz de los caminos inescrutables de Dios, los cristianos siempre deben resistir los juicios prematuros o las conclusiones apresuradas.

En realidad, deberíamos deleitarnos cuando Dios nos lanza juguetonamente sus misteriosos acertijos. Estas acciones desconcertantes de Dios nos



obligan a luchar cuerpo a cuerpo con Su sabiduría elusiva, y a llegar a ser más maduros y profundos a medida que intentamos descifrarla.

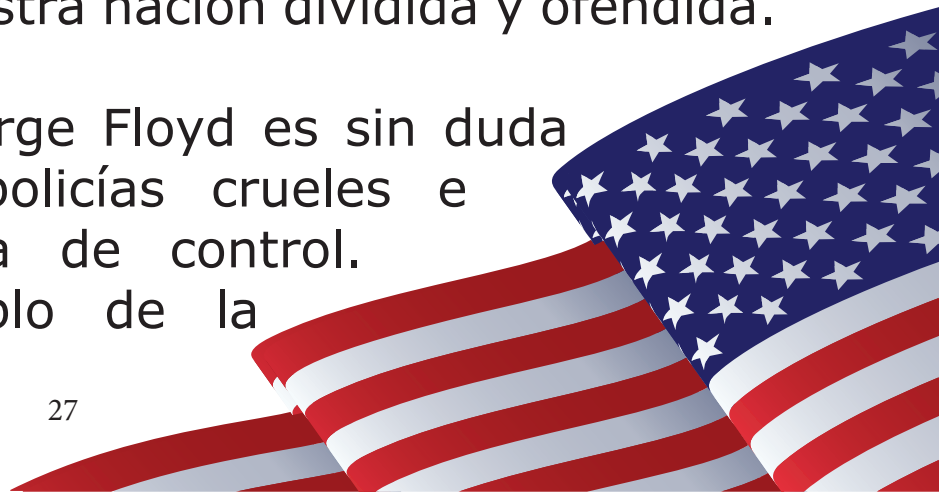
En una nación poderosa y diversa, con una historia de 400 años, con una población real de 330 millones de personas, administrando un presupuesto anual de muchos trillones de dólares y con un aparato político y administrativo que involucra a cientos de miles, si no millones, de empleados las evidencias de injusticia e incompetencia no serán muy difíciles de ubicar.

Vivimos en un mundo caído y pecaminoso que seguirá siendo pecaminoso e injusto hasta que Jesús venga a ponerle fin a nuestra triste y trágica historia. Hasta entonces, incluso mientras luchamos por la justicia y la santidad de Dios, haremos bien en correr este agotador maratón con paciencia y sobriedad.

## **La injusticia policial y la tragedia de George Floyd**

No podemos dejarnos airar o indignar por cada manifestación de injusticia que el diablo se inventa para mantener a nuestra nación dividida y ofendida.

La tragedia de George Floyd es sin duda una instancia de policías crueles e incompetentes fuera de control. Es un claro ejemplo de la

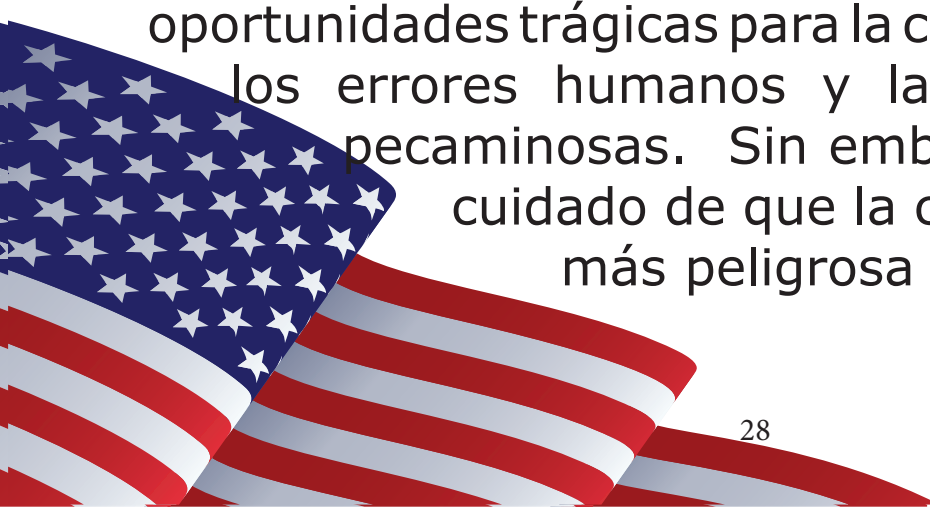


inhumanidad del hombre hacia el hombre. Es una mancha en la conciencia de esta nación. Representa un momento vergonzoso de nuestra accidentada historia moral que debe ser lamentado y repudiado apasionadamente.

Pero en un sistema nacional donde hay cerca de un millón de miembros de una fuerza policial u otra, habrá un número inevitable de manzanas podridas que deberán ser confrontadas, procesadas o eliminadas continuamente. Los actos de injusticia y absoluta incompetencia seguirán siendo un elemento trágico e inevitable de nuestro sistema policial.

Las perpetuas injusticias que son la característica de cualquier institución humana grande y compleja, como nuestro sistema de policía nacional, no serán eliminadas por medidas ingenuas e impulsivas para desfinanciar a la policía, o para tratar de convertir a estos aguerridos agentes de la justicia en amables trabajadores sociales.

El hecho es que en una nación violenta y étnicamente diversa como Estados Unidos habrá muchas oportunidades trágicas para la confrontación violenta, los errores humanos y las acciones policiales pecaminosas. Sin embargo, debemos tener cuidado de que la cura no resulte siendo más peligrosa que la enfermedad.



Al buscar soluciones fáciles e impulsivas, debemos tener cuidado de no terminar socavando la confianza, la eficacia y la salud emocional de nuestros agentes de policía, los cuales son más necesarios que nunca en las peligrosas zonas de guerra en que se han convertido muchas ciudades estadounidenses modernas.

El hecho es que desfinanciar a la policía y reducir su número es principalmente una idea anglosajona y elitista que no refleja los verdaderos sentimientos de las poblaciones urbanas afroamericanas e hispanas, que entienden demasiado bien—y de hecho han dejado saber muy bien sus sentimientos al respecto—que una fuerte presencia policial en sus vecindarios es la única defensa efectiva contra el caos y la violencia que siempre amenaza con abrumar a nuestras comunidades del centro de la ciudad.

### **La naturaleza engañosa de la “justicia” liberal**

La verdadera diferencia entre la mentalidad conservadora y la liberal no radica en la moralidad de las soluciones que ofrecen, o la falta de ella. Más bien, tiene que ver con cuán complejas y abarcadoras son las soluciones que buscan, y cuánto toman en cuenta el sistema total que las rodea.

Las soluciones sociales liberales son generalmente simplistas y, por lo tanto, fáciles de identificar. Generalmente, estas soluciones son aisladas,

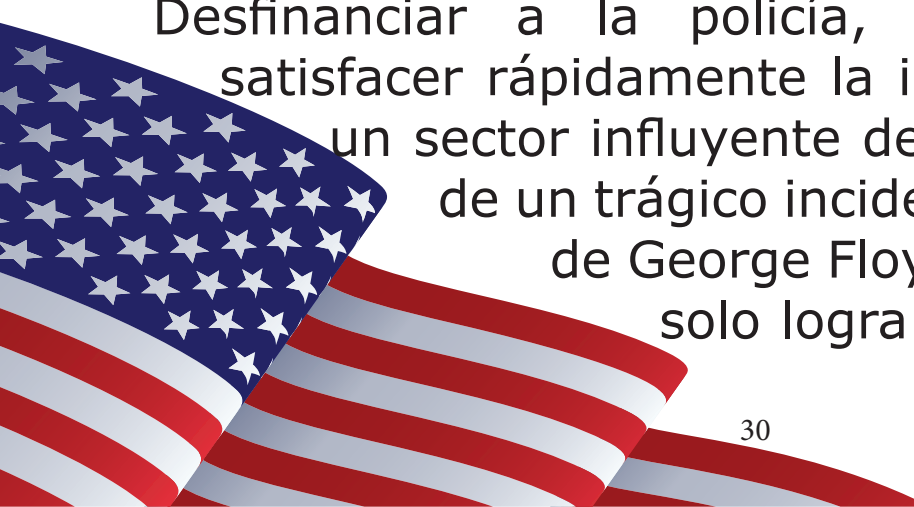


bien enfocadas y tienen un efecto inmediato y visible. Por tanto, es más fácil para los liberales reclamar el terreno moral superior, especialmente cuando la gente común y corriente no tiene la capacidad crítica necesaria, o no está dispuesta a escarbar más profundamente debajo de la superficie.

Los conservadores son más propensos a analizar todo el sistema, y a no necesariamente confundir una solución rápida y engañosa con una que puede que sea más difícil de identificar al principio, pero que a la larga podría tener un efecto curativo más sistémico y duradero.

Es la diferencia entre un médico que está muy dispuesto a ofrecer una mera pastilla para proveer un alivio inmediato, a diferencia de uno que está muy consciente de las consecuencias a largo plazo de un medicamento en particular, y en su lugar ofrece un tratamiento que podría llevar más tiempo para tener efecto, pero que al final será más sostenible y duradero, y menos dañino para la salud general del paciente.

Desfinanciar a la policía, por ejemplo, podría satisfacer rápidamente la ira y la indignación de un sector influyente de la población después de un trágico incidente como el asesinato de George Floyd. Pero a largo plazo, solo logra exponer a las frágiles



comunidades del centro de la ciudad a niveles cada vez mayores de delincuencia y violencia y aumenta el sufrimiento de nuestras comunidades minoritarias y de bajos ingresos.

Brindar asistencia social indiscriminada a familias y comunidades pobres, como lo han hecho los liberales desde el comienzo de la llamada "Guerra contra la Pobreza" en los años sesenta, es un paliativo necesario a corto plazo. Pero parece bastante claro a estas alturas que si se prolonga demasiado, también puede tener el efecto perjudicial a largo plazo de desalentar la autosuficiencia y el desarrollo de hábitos de trabajo y un estilo de vida saludables en los pobres.

Está bastante claro que en la actualidad el nivel de pobreza y la indigencia en Estados Unidos está peor que nunca. Después de décadas de políticas simplistas y engañosas, la difícil situación de los pobres en nuestra nación es más profunda y más abarcadora que en cualquier otro momento de nuestra historia.

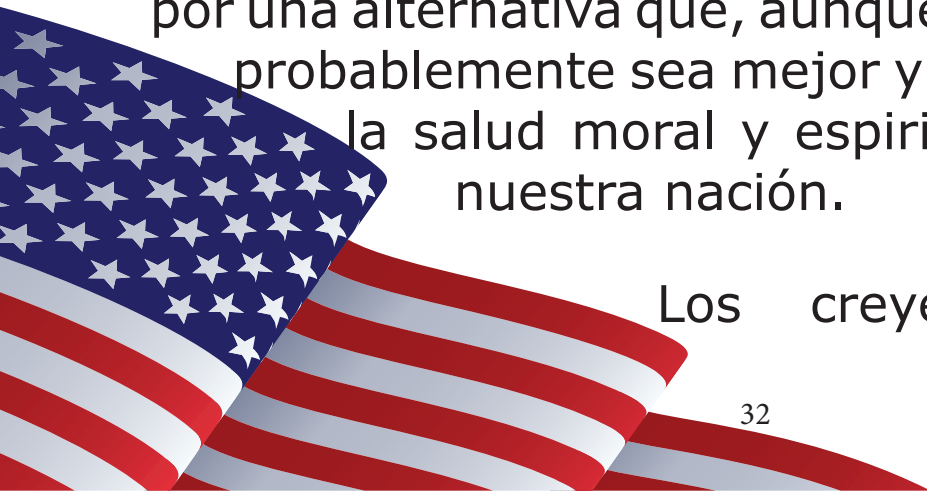
Legalizar la marihuana, como proponen tantos liberales del Partido Demócrata, podría reducir el encarcelamiento a corto plazo. Pero también tiene el efecto mortal de predisponer a millones de jóvenes pobres y minoritarios hacia las consecuencias mucho más destructivas a largo plazo de la adicción a las drogas y la indigencia.

Brindar apoyo federal a la industria del aborto podría brindar un alivio inmediato a las mujeres que enfrentan un embarazo no deseado. Pero también termina perpetuando las prácticas sexuales nocivas y la promiscuidad que desgarran el tejido moral a largo plazo de nuestra nación, en particular de nuestra juventud.

Aumentar el salario mínimo a 15 dólares por hora aparentemente ayuda a los pobres y a las minorías. Pero en realidad, al hacerle más difícil a los dueños de pequeños negocios obtener una ganancia que permita que sus negocios sean viables, termina aumentando el desempleo y llevando al fracaso a muchos pequeños negocios. Los únicos que se benefician son las grandes compañías, que cada día se hacen más grandes y que terminan convirtiéndose en monopolios.

Podríamos seguir y seguir. El hecho es que en nuestro tiempo presente lo más moral y cristiano que podemos hacer es resistir las políticas erradas y la retórica vacía del sector liberal encabezadas por el Partido Demócrata. En cambio, deberíamos optar por una alternativa que, aunque lejos de ser perfecta, probablemente sea mejor y menos corrosiva para la salud moral y espiritual a largo plazo de nuestra nación.

Los creyentes maduros no





debemos permitir que nos chantajeen emocionalmente a fin de que adoptemos argumentos de justicia social que, cuando se examinan críticamente, se muestran vacíos y, en última instancia, inmorales, dados sus efectos sistémicos a largo plazo.

Como cristianos maduros, usamos la Palabra de Dios y los principios eternos del Espíritu para evaluar las leyes y políticas por las que debemos votar.

La Biblia dice que a menos que Jehová edifique la casa, los edificadores trabajan en vano. Una nación cuyo gobierno apoya e incluso alienta la matanza de decenas de millones de bebés inocentes no gozará de la ayuda del Señor mientras construye.

Una nación cuya tierra está manchada por la sangre de niños inocentes nunca podrá lograr la verdadera justicia social, no importa cuán sinceros o bien intencionados sean sus esfuerzos.

Una sociedad que promueve la corrupción moral de nuestra juventud alentando y apoyando hábitos y prácticas sexuales destructivas solo logrará sembrar las semillas de su propia destrucción.

Un gobierno que aprueba el aborto, la libertad sexual, la fluidez de género y la eutanasia se revela, en última instancia, como enemigo de la



vida misma.

Una cultura y un gobierno que socavan la salud del núcleo familiar presentándolo como anticuado y patriarcal, y que promueve alternativas destructivas al matrimonio tradicional entre un hombre y una mujer solo logra socavar sus propios cimientos. Tarde o temprano toda la casa se desplomará y caerá sobre sí misma.

Toda la retórica del mundo no logrará ocultar el hecho de que a pesar de su supuesta pasión por los derechos humanos y la justicia social, en los últimos setenta años la cultura liberal no ha logrado producir una sociedad más sana o más justa. Por el contrario, Estados Unidos se encuentra hoy más miserable y disfuncional que nunca antes en toda su historia.

## **Trump y la ira de los evangélicos y la clase trabajadora**

Culpar a Donald Trump por la división y disfuncionalidad social que enfrentamos actualmente en este país no solo es inexacto. Es irresponsable y autoengañoso.

Donald Trump no constituye la enfermedad. Es un mero síntoma. Él es la consecuencia lógica de los excesos y abusos cometidos durante los ocho años anteriores de administración liberal. Representa el cumplimiento del consabido dicho que declara

que las naciones reciben los gobernantes que se merecen.

Donald Trump es producto de la hipocresía de tantos liberales que, aunque profesan amar a las minorías y a los pobres, en realidad prefieren vivir lo más lejos posible de ellos. Y cuando se mudan a un vecindario minoritario, a menudo es sólo porque representa una inversión inmobiliaria astuta.

Donald Trump es también la proyección de una clase trabajadora anglosajona agotada y frustrada con presidentes republicanos moderados que prometían reformas, pero que en realidad terminaron afianzando aún más los intereses de la élite empresarial y tecnológica.

Trump personifica el miedo y la ira de millones de evangélicos que han visto a sus hijos expuestos a la pornografía en sus aulas escolares en nombre de una supuesta educación sexual. Él canaliza su creciente resentimiento, al observar impotentemente cómo aumenta el número de sus hijos que se declaran gay, o que quieren cambiar de género a edades cada vez más tempranas.

Trump ofrece la esperanza de que estos evangélicos puedan regresar a la época en que sus iglesias eran espacios seguros, cuando sus baños



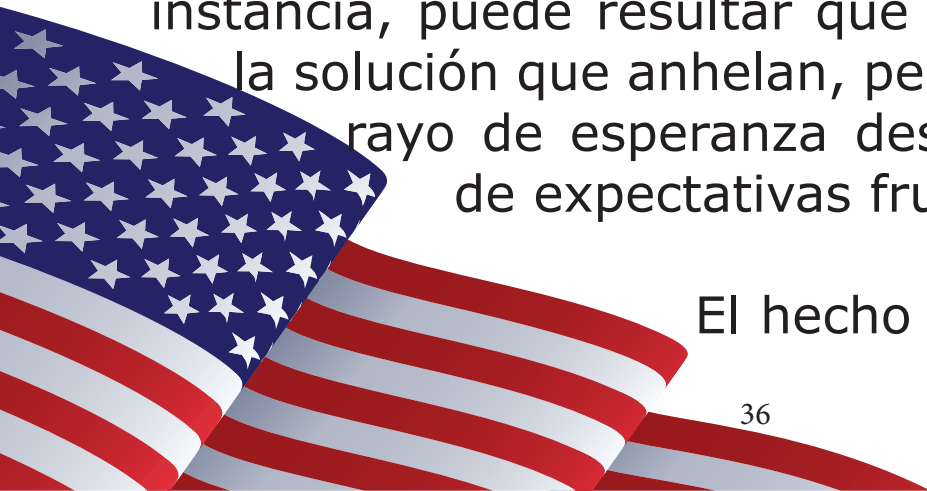
estaban libres de la intrusión de un gobierno vendido a los intereses LGBTQ, cuando podían predicar la palabra de Dios sin temor a represalias.

Trump canaliza la ira, el miedo y la frustración de decenas de millones de norteamericanos que han visto su futuro desperdiciado por políticas gubernamentales demagógicas y equivocadas. Encarna la desesperación de una generación que ha recibido repetidas promesas de cambios venideros, solo para obtener más de lo mismo y ver que su situación sólo empeora.

Para las elecciones del 2016, estas masas desesperadas estaban tan ciegas de ira que estaban dispuestas a instalar a un cavernícola en la Casa Blanca si eso era lo que se requería para que el sistema reconociera su estado de premura.

Para estos desesperados norteamericanos, Trump representa la posibilidad de un cambio estructural que puede conducir a mejores empleos, un gobierno menos invasivo y un cierto grado de alivio del dominio de las élites tecnológicas y corporativas. En última instancia, puede resultar que Trump resulte no ser la solución que anhelan, pero al menos ofrece un rayo de esperanza después de largos años de expectativas frustradas.

El hecho de que la presidencia



de Trump no sólo no implosionó y terminó en ridículo, como habían predicho anhelosamente sus rabiosos oponentes, sino que prácticamente cumplió y excedió todas las promesas que había hecho a sus esperanzados seguidores, ayuda a explicar por qué un segundo término para Trump no es un prospecto tan descabellado como podría haber parecido hace tres años.

Para bien o para mal, es la capacidad de Trump hasta ahora para cumplir las principales promesas hechas durante su primera campaña lo que explica al menos parcialmente por qué sus seguidores originales están más apasionados por él que nunca, y por qué mucha gente que al principio decía que jamás votarían por él se han convertido en entusiastas seguidores.

También ayuda a explicar por qué una persona como yo, que no votó por él la primera vez, votará con sentido de urgencia por él esta segunda vez.

El costo social de la presidencia de Trump ha sido inmenso. Hoy, Estados Unidos se encuentra más polarizado que nunca. Pero eso se debe a que Trump ha ayudado a definir y aclarar los términos del conflicto subyacente en esta nación. Su desconcertante franqueza y su expresión áspera y rudimentaria ha producido en muchos un estado de mayor honestidad y alerta.

Hoy en día, muchos norteamericanos se sienten mucho más libres que nunca para expresar su disgusto y sus sentimientos reprimidos con respecto al estado moral de nuestra nación. Se han sentido empoderados para expresar públicamente pensamientos que hasta hace poco solo se atrevían a susurrar en sus dormitorios.

Se han sentido validados por el personaje político más alto de la nación al defender sus convicciones morales y religiosas. Están reconociendo verbalmente sentimientos que hasta hace poco habían permanecido reprimidos incluso para ellos mismos. Se sienten liberados para dar libre expresión a sus instintos morales y religiosos. Están más dispuestos que nunca a decir que el emperador no tiene ropa.

A veces, es necesario derribar mucho antes de que pueda comenzar la verdadera construcción. Quizás la verdadera reconstrucción de esta nación se lleve a cabo solo después de que Trump se haya ido. Pero para ser justos, si la reforma moral de Estados Unidos continúa después de que él desaparezca del escenario, tendrá que reconocerse que por lo menos el ayudó a asentar las bases.

### **¿Se han vendido los evangélicos?**

Los evangélicos son constantemente acusados por la élite liberal de haber vendido su alma al diablo al apoyar a Trump. Incluso, hay un sector



de los mismos evangélicos norteamericanos que en nombre de la justicia social acusa a esos otros evangélicos que apoyan a Trump de ser Esaús que han vendido su herencia espiritual por una olla de lentejas.

Estos evangélicos cuestionan nuestra integridad y nos acusan falsamente de encubrir la inmoralidad de Trump para aferrarnos al poder.

Construyen falsamente un “hombre de paja” al decir que solo nos preocupamos de temas—la homosexualidad y el aborto, mientras ignoramos el llamado bíblico más abarcador a ejercer la compasión y la justicia social.

Estos hermanos confundidos seleccionan convenientemente sus versículos bíblicos y sugieren, en efecto, que la Biblia está más preocupada por el cuidado del pobre, la viuda y el huérfano que por la moralidad y el respeto por la Santidad de Dios.

Constantemente plantean el argumento cansado y engañoso de que el derecho a la vida involucra más que el rechazo del aborto, y que involucra cuestiones de calidad de vida, sin comprender que no se trata de una cosa o la otra, sino de una cosa y la otra.

Al contrario de estas

acusaciones simplistas, los evangélicos que apoyan a Trump generalmente son personas íntegras:

Conocen profundamente la Biblia, y están inmersos en sus complejidades y arquetipos.

Mantienen el Nuevo y el Antiguo Testamento en la tensión adecuada.

Conocen al Jesús tierno y amoroso, pero también reconocen su severidad, y su insistencia intransigente por la santidad, la verdad y la obediencia.

Se niegan a poner las palabras de Jesús que se encuentran en los evangelios por encima de las palabras de Pablo y Pedro, sabiendo que todas proceden del mismo Espíritu Santo.

Están profundamente conscientes del lado siniestro de Dios y lo respetan.

Están conscientes del llamado de las Escrituras a respetar las autoridades constituidas por Dios, incluso cuando son corruptas y radicalmente imperfectas, como lo era el imperio del César cuando Pablo hizo ese llamado.

Su perspectiva bíblica a menudo está formada por una mezcla saludable de temas y profecías del Antiguo y





Nuevo Testamento, el amor por Israel, los dones del Espíritu, la guerra espiritual y las profecías acerca de los últimos tiempos.

Los evangélicos conservadores entienden el llamado a la santidad, pero también son conscientes de la implacable gracia de Dios y de su propia imperfección. A veces, cuando miran a Trump, ven con cariño (y con cierto grado de esperanza) un reflejo de sí mismos antes de conocer al Señor. Se aferran a la idea de que aún el mismo Trump pudiera convertirse en un genuino creyente algún día.

Al contrario de los estereotipos comunes, podría decirse incluso que son más tolerantes y misericordiosos que sus contrapartes liberales.

Prefieren sufrir bajo la conciencia de que siempre están pecando y fallando, en vez de mover los postes e inventar sutiles argumentos teológicos inteligentes para justificar el pecado y la inmoralidad. De paso, esa es una de las razones por las que pueden ver a Trump desde una perspectiva más benévola y tolerante.

La mayoría de los evangélicos conservadores saben quién es Trump, en parte porque él mismo hace muy poco esfuerzo por ocultar quién él es. En este sentido, admiran su franqueza

y transparencia. Les resulta reconfortante, dada la hipocresía que parece abundar en la cultura liberal en general y en la política de Washington.

Se podría decir que hay pocos evangélicos que se engañan a sí mismos pensando que Trump sea esencialmente altruista, que alguna vez huiría de la oportunidad de hacer un buen negocio, que no sea manipulador, que no mienta o exagere, o que su pasado no sea tan escandaloso como de hecho lo ha sido.

Muchos evangélicos que apoyan a Trump desearían apasionadamente que él fuera más elocuente, más matizado, más paternal en su estilo de comunicación. Se estremecen cuando ridiculiza a sus rivales con insultos infantiles baratos. Lamentan su ego gigantesco, su alardeo constante, su tendencia a mentir y exagerar.

A menudo se maravillan de su misteriosa capacidad para sobrevivir los errores más extraordinarios y errores aparentemente insuperables. A menudo les asombra que el más básico de los seres humanos sea casi invariablemente capaz de confundir y burlar a sus rivales mucho más refinados y educados.

Los evangélicos se quedan con Trump porque son capaces de separar al hombre y sus muchos defectos



de sus numerosos logros que claramente promueven los intereses del Reino, y que facilitan la realización del trabajo de la Iglesia.

Los evangélicos sí se dan cuenta de que Trump es una figura política controversial y belicosa. Pero también entienden que “el reino de Dios sufre violencia y los violentos lo arrebatan” (Mateo 11:12).

Están familiarizados con los principios de la guerra espiritual en la Biblia, y son conscientes de que a veces Jesús se describió a sí mismo como una fuerza divisoria, una que dividiría amargamente a las familias y comunidades (Mateo 10: 34-39). En realidad, esto era una señal de que encarnaba el espíritu de la verdad.

Los evangélicos conservadores saben que enfatizar el lado tierno de Jesús a expensas de su dimensión más severa es empobrecer su complejidad, reducirlo a una mera caricatura de su ser bíblico completo. Esto es lo que muchos evangélicos socialmente sensitivos no entienden, y por qué les resulta tan difícil aceptar cómo otros creyentes podrían hacer las paces con una figura conflictiva como Donald Trump.

De todo lo que se ha dicho hasta ahora, tenemos que concluir que, a pesar de su innegable sinceridad, muchos creyentes sensibles y sinceros



que no pueden reconciliar a Trump con una perspectiva bíblica, en realidad sufren de una comprensión simplista y truncada del cristianismo.

Estos evangélicos con exagerada conciencia social se encuentran muy alejados de la espiritualidad robusta y saludable que encontramos en las páginas de la Biblia. Buscan escapar de las decisiones desagradables y agonizantes que a veces deben tomarse para hacer avanzar el reino de Dios en la historia.

Su perspectiva tiene muy poca afinidad con las realidades de cómo la Iglesia ha navegado las complejidades y tensiones que se vuelven inevitables cuando los principios sublimes y etéreos del Reino de los Cielos tocan el suelo y se ven obligados a interactuar con las condiciones humanas e históricas.

Este tipo de actitud, hay que decirlo, resulta en última instancia, aunque involuntariamente, irresponsable y escapista. Busca evadir el conflicto, ignorando que es un componente inevitable de un servicio contundente y eficaz. Reduce la Iglesia de Cristo a una fraternidad blanda y frágil, incapaz de llevar a cabo la ardua y agonizante obra de la Gran Comisión.

En resumen, los evangélicos que apoyan a Donald Trump están



lejos de ser oportunistas cínicos y sin principios. Lejos de traicionar el evangelio, se puede argumentar que se mantienen fieles a su naturaleza compleja y multidimensional. Están dispuestos a vivir en la tensión de un ministerio enérgico y comprometido, y a enfrentar las agonías y contradicciones del servicio fiel, en lugar de optar por una interpretación fácil y truncada de la fe.

Nuevamente, ¿por qué los evangélicos conservadores apoyan a Trump a pesar de sus muchas debilidades e imperfecciones?

¿Por qué yo, un pastor latino evangélico con una fuerte conciencia social, al frente de una iglesia multiétnica que es bien conocida en nuestra ciudad por sus muchos ministerios sociales efectivos, puedo votar por Donald Trump con la conciencia tranquila?

Ahora responderé a esa pregunta de una manera diferente, mencionando una gran cantidad de logros importantes que ha alcanzado su administración. Algunos de estos logros son bastante específicos y fáciles de identificar. Otros son un poco más abstractos pero, sin embargo, extremadamente importantes e influyentes.

Estos diversos y numerosos logros demuestran que, como alguien que está dispuesto a votar por



Donald Trump, no estoy obsesionado con solo uno o dos temas como el aborto o la homosexualidad.

Más bien, veo un presidente actual que, a pesar de sus muchos defectos y peligros, ha logrado una asombrosa cantidad de cosas que fortalecen los cimientos de Estados Unidos, proveen una base para la acción moral, y abren el camino para que la Iglesia lleve a cabo su misión más fácilmente en nuestra nación y en el mundo.

Veamos ahora cuáles son algunos de esos logros:

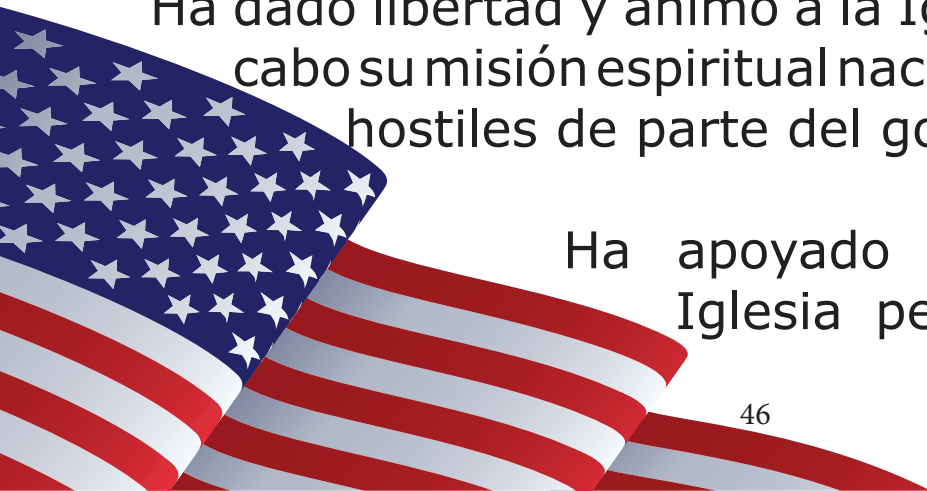
### **La contribución específica de Donald Trump a Estados Unidos y el mundo**

Ha nombrado dos jueces de la Corte Suprema confiables en su capacidad para interpretar la Constitución de este país fielmente y sin distorsiones. Con el probable nombramiento de Amy Coney Barrett, ¡pronto serán tres!

Ha llenado más de doscientos escaños en tribunales federales con jueces conservadores y originalistas.

Ha dado libertad y ánimo a la Iglesia para que lleve a cabo su misión espiritual nacional sin interferencias hostiles de parte del gobierno.

Ha apoyado vigorosamente a la Iglesia perseguida en muchas



partes del mundo.

Ha detenido el impulso de la dañina agenda secular de Obama en muchos aspectos de nuestra vida y gobierno nacionales.

Ha reducido significativamente el control liberal encubierto de departamentos gubernamentales como la CIA, la FBI, el Departamento de Educación y el Departamento de Estado.

Ha nombrado a muchas figuras evangélicas en puestos clave del gobierno, como Mike Pence, Ben Carson, Betsy Devos y Sarah Huckabee, así como a otras que claramente simpatizan con los valores e intereses evangélicos.

Ha ayudado a restablecer las bases de una cosmovisión conservadora dominante y simpatizante con la Iglesia en esta nación. Es probable que este estado de cosas se fortalezca y se consolide aún más en los próximos cuatro años si él fuera reelegido.

Ha ayudado a definir y aclarar el carácter urgente y radical de la lucha entre las cosmovisiones judeo-cristiana y humanista en nuestro tiempo. Ha facilitado la comprensión de esta lucha en la mente de todos los estadounidenses.

Reconoció a Jerusalén como la

capital indivisa de Israel.

Ha sido intermediario de los pactos de paz históricos entre Bahreín, los Emiratos Árabes Unidos e Israel, preparando así el escenario para que otras naciones árabes prosigan a hacer la paz con Israel.

Ha debilitado el dominio de la voz palestina en la controversia israelí / palestina a nivel internacional.

Ha sido un poderoso y fiel aliado de Israel.

Ha aportado un mayor grado de cordura a nuestra política migratoria, especialmente en lo que respecta a la seguridad y control de nuestras fronteras.

Ha restringido significativamente el impulso del agresivo movimiento LGBTQ, que había ganado una tracción e influencia extraordinarias bajo la administración Obama.

Ha fortalecido el movimiento pro-vida y debilitado la industria del aborto, particularmente el dominio de Planned Parenthood a nivel nacional.

Ha luchado y promovido una interpretación más textualista y menos activista de las leyes relativas a la discriminación sexual, como las leyes del Título 7.





Ha establecido una agenda más sana y amigable para la familia en el Departamento de Educación de los Estados Unidos y las escuelas estadounidenses en general.

Ha reducido el adoctrinamiento sexual alocado de nuestros niños en nombre de la tolerancia hacia la homosexualidad y la prevención del embarazo juvenil.

Hizo posible una economía nacional extraordinariamente fuerte antes de COVID 19.

Ha proporcionado una plataforma sólida y clara para los valores conservadores judeocristianos que emanan de la Casa Blanca.

Las personas conservadoras han sido empoderadas y animadas a defender sus creencias y expresar sus opiniones conservadoras en la esfera social y cultural.

Sacó a la luz el dominio sutil y encubierto de la agenda liberal en los medios de comunicación y potenció el surgimiento de importantes voces conservadoras (Tucker Carlson, Kelly Ann Conway, Candace Owens, Paris Dennard, etc.)

Sacó más a la luz la inclinación liberal sutil pero poderosa de publicaciones y medios tan influyentes como el New York Times, CNN, Newsweek y el



Washington Post.

Ha fortalecido las fuerzas armadas de esta nación.

Ha derrotado al terrorismo en todo el Medio Oriente y el mundo, especialmente ISIS y el terrorismo facilitado por Irán.

Ha puesto bajo control la nefasta y omnipresente influencia de Irán en el Medio Oriente.

Ha quebrado el avance desenfrenado de la China y la dependencia comercial de Estados Unidos de esa nación. Trajo gran claridad concerniente a la hostilidad encubierta de la China hacia Occidente, y con respecto a sus tendencias imperialistas.

Ha cuestionado y enfrentado efectivamente el dominio europeo sobre cuestiones de cosmovisión como la homosexualidad, el gobierno mundial, la globalización, etc.

Ha sacado a la luz claramente la naturaleza radical de organizaciones internacionales como las Naciones Unidas y la Organización Mundial de la Salud.

Ha brindado apoyo moral y estímulo al conservadurismo en todo el mundo y alentado a gobiernos conservadores europeos como los de Polonia y



Hungría.

Ha servido como fuerza moderadora contra la gestión simplista de la crisis del COVID-19 por parte de la izquierda. Aunque lejos de ser perfecta, su postura ha proporcionado una interpretación alternativa de este fenómeno tan complejo.

## **Por qué como cristiano no puedo votar por el Partido Demócrata**

En una situación binaria como la que enfrentamos en Estados Unidos, donde esencialmente solo tenemos uno de dos partidos por los que podemos votar, a veces, como ahora, nos vemos obligados a elegir entre el menor de dos males.

Como se ha dicho tantas veces, Estados Unidos se encuentra actualmente al borde de la autodestrucción. Estas elecciones exigen una dura elección entre dos visiones del mundo que determinarán radicalmente el carácter de nuestra nación durante muchos años por venir.

He examinado el abismo que representa el Partido Demócrata y muchos de sus seguidores radicales, con su violento viraje hacia el radicalismo y su amarga renuncia al cristianismo bíblico, así como a tantas de las preciadas tradiciones e

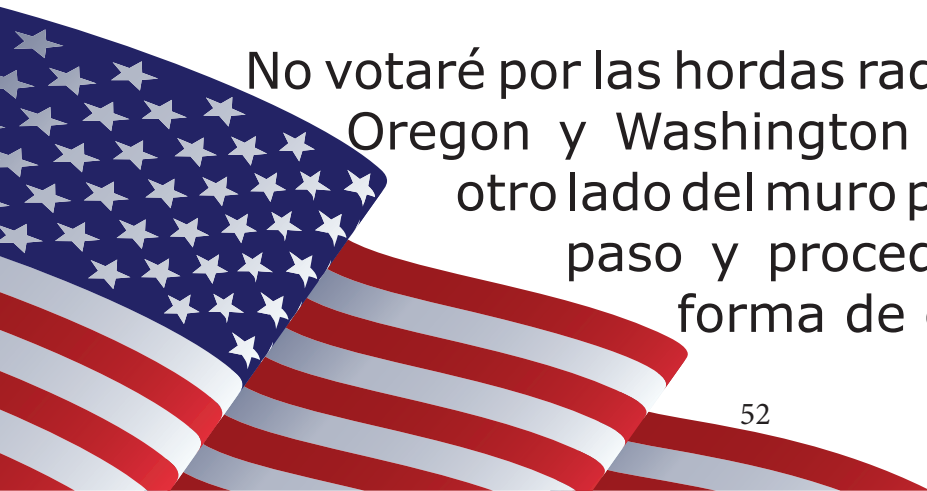


instituciones que al final del Segunda Guerra Mundial habían convertido a Estados Unidos en esa nación admirada e influyente que todo el mundo buscaba para encontrar orientación e inspiración.

Lo que veo ahora es un partido animado por un siniestro deseo de muerte, débil, poco atractivo y desprovisto de sabiduría. Un partido tan abrumado por el radicalismo que no se atrevió a nominar a ninguno de sus candidatos más fuertes, como Elizabeth Warren, Bernie Sanders o Pete Buttigieg, quienes realmente representaban el espíritu radical que lo anima en la actualidad. En cambio, tuvo que elegir a Joe Biden, un representante del pasado moderado que en realidad ya no representa sus valores dominantes, con la esperanza de poder reunir por lo menos una amalgama de votantes que le permitiera alcanzar el poder.

Pero si el Partido Demócrata ganara estas elecciones, lo que probablemente nos espera más pronto de lo que preferiríamos es, no la debilidad senil de Joe Biden, sino el radicalismo político de una Kamala Harris.

No votaré por las hordas radicales de Minneapolis, Oregon y Washington D.C., que esperan al otro lado del muro para finalmente abrirse paso y proceder a desmantelar mi forma de cristianismo.



Cualquier cristiano que este año vote ingenuamente por el Partido Demócrata, que quede claro, estará votando por una organización que estará empeñada en volver lo más pronto posible a la agenda radical y anticristiana de los años de Obama.

En nombre de la justicia social y los derechos humanos, el Partido Demócrata se esforzaría más que nunca para estrangular a la Iglesia y muchas otras instituciones cristianas, eliminar sistemáticamente el derecho a la libertad de expresión y conectar las instituciones de esta nación a una agenda totalmente materialista y secular.

Al igual que hice con respecto a Donald Trump y los logros de su administración, los cuales me llevarán a votar por él el 3 de noviembre, ahora enumeraré las muchas razones por las que, como pastor cristiano latino que ama a esta nación y a la Iglesia, nunca podría llevarme a mí mismo a votar por Joe Biden o el Partido Demócrata.

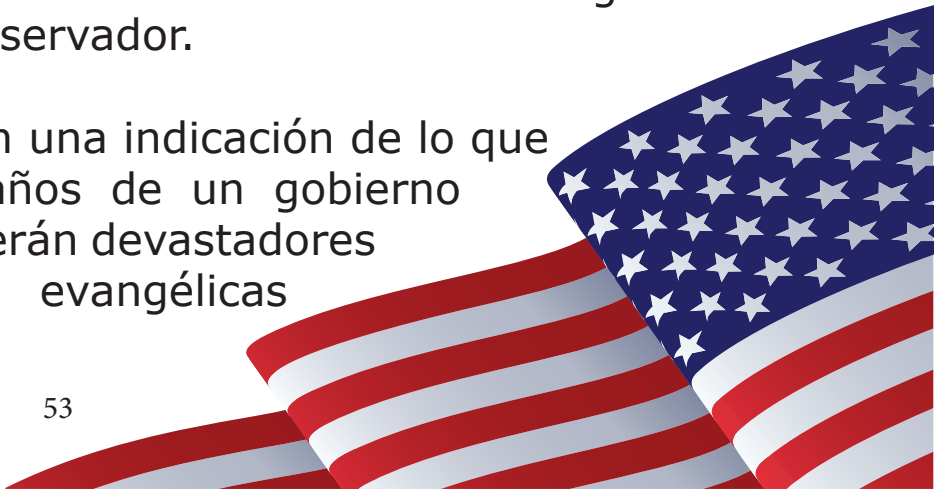
## **La desastrosa agenda del Partido Demócrata para Estados Unidos**

El Partido Demócrata está totalmente comprometido con el avance de la agenda LGBTQ radical, agresiva y anticristiana.

En el mejor de los casos, es antagónico hacia Israel.

Cuando la suma total de sus declaraciones y políticas se pesa en la balanza, el Partido Demócrata se muestra antagónico al cristianismo histórico conservador.

Si los años de Obama son una indicación de lo que vendrá después, ocho años de un gobierno demócrata radicalizado serán devastadores para las instituciones evangélicas



tradicionales.

Los demócratas tienden a poner las políticas públicas en primer lugar y la conciencia religiosa en segundo o último lugar. Esto tiene consecuencias muy prácticas, imponiendo valores seculares a los empresarios cristianos, las iglesias cristianas y las instituciones cristianas sin fines de lucro.

Pretende adoctrinar a nuestros hijos a favor de la homosexualidad y la promiscuidad.

Está decidido a promover enérgicamente el aborto en sus formas más extremas al nivel federal. Esto incluye bebés que han llegado a los nueve meses, y aún cuando hayan salido de la matriz.

Promueve activamente una perspectiva secular en Estados Unidos.

Promueve una comprensión falsa y distorsionada de lo que es la verdadera justicia social.

Instalaría jueces activistas que distorsionan la intención y la terminología original de la Constitución.

Promovería políticas que debilitarían aún más a la familia en Estados Unidos.

Promovería políticas que



afectarán negativamente y debilitarían el tejido moral y el bienestar económico de las minorías.

Promovería políticas y una perspectiva general que entristecen el corazón de Dios, y que impiden Su bendición sobre esta nación.

Para todos los efectos, y a pesar del lenguaje muy sutil en su plataforma oficial, los demócratas legalizarían la marihuana en este país.

Al menos al comienzo de la temporada de disturbios, el Partido Demócrata estuvo de acuerdo con la idea de desfinanciar a la policía. Sólo cambiaron de tono cuando los vientos comenzaron a cambiar y se dieron cuenta de que ésta se había convertido en una idea impopular. Su plataforma de 2020 revela cuán críticos e incluso hostiles son hacia nuestros hombres y mujeres policías.

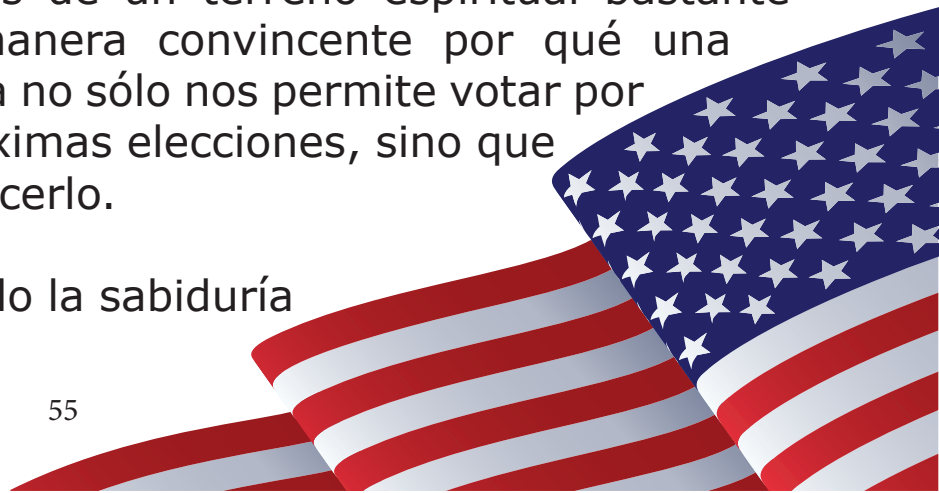
Su postura ingenua sobre el crimen solo conduciría a más crimen y violencia en nuestras ciudades.

En nombre de los derechos humanos y la justicia social, se adhieren a una política de inmigración irracional y económicamente insostenible.

## **CONCLUSIÓN**

Como dije al principio, espero que estos pensamientos, que nos han llevado a través de un terreno espiritual bastante amplio, muestren de manera convincente por qué una cosmovisión bíblica sólida no sólo nos permite votar por Donald Trump en las próximas elecciones, sino que de hecho nos obliga a hacerlo.

Que Dios le dé a su pueblo la sabiduría



para discernir el latido de Su corazón y para alinearse con su perfecta y compleja voluntad.

